

folletos, poemas y letras para partituras musicales, poesías, cuentos, artículos, reseñas, obras en prosa, antologías en las que aparece... Incluso se señalan cuáles son las obras que no han sido localizadas, además de todos los estudios que han mencionado al autor que nos ocupa. Evidentemente, se trata de la más completa recopilación bibliográfica que existe sobre Joaquín Alcaide de Zafra.

Asimismo, la autora del estudio ha publicado dentro de este libro una selección antológica de textos y dos obras completas del sevillano: *Cantares de amor y celos* y *Cuentos a Michol*. Todos constituyen la sección dedicada a dar a conocer los escritos del autor y forman parte de toda una tarea de rescate, dado que, como ya se apuntó, no había vuelto a ser editada ninguna obra del mismo.

Por último, las páginas finales hacen las veces de anexo de imágenes, donde no solo podemos poner cara al autor y a su familia, sino que también se incluyen las cubiertas de algunas de sus obras, su partida bautismal o sus calificaciones del grado en Derecho, las necrológicas tras su muerte, su lápida, los carteles de las novelas cinematográficas... En definitiva, se trata de un recopilatorio gráfico que apoya muy bien a la investigación en su conjunto.

Podemos concluir diciendo que Ángela Rico Cerezo ha sabido rescatar al escritor sevillano Joaquín Alcaide de Zafra, consiguiendo sus dos firmes propósitos: “En primer lugar, precisar la significación real y el valor literario de su producción. En segundo lugar, averiguar las razones por las que un escritor pasa de merecer la estima de sus contemporáneos a verse completamente olvidado” (p. 101)

ROCÍO SANTIAGO NOGALES  
UNED

**Leonardo Romero Tobar. *Maestros amigos*. Ediciones Universidad de Cantabria. 2013. 165 pp.**

La dedicación a los estudios literarios, a la historia de la literatura, supone, de manera casi inexcusable, la despersonalización del estudioso, la pérdida de identidad personal de quien analiza, comenta, explica e intenta comprender, por todas las formas a su alcance, a otro que no es él mismo, a otro u otra u otros que se convierten en objeto de su pensamiento, razón de su trabajo, meta de sus ambiciones. De esta manera el filólogo, el crítico, el historiador de la literatura, el teórico de la misma, adopta una postura subordinada, que en la mayor parte de los casos le va a llevar al olvido como personalidad propia y va a mantener su nombre, solo su nombre, en la memoria de otros por haber ayudado a comprender, por explicar, por analizar, por adornar, por hacer conocer la obra de otros. En el implacable e inevitable clasismo que supone la historia y crítica de la literatura española, el crítico literario apenas será más que una sombra con nombre y cuyo recuerdo queda prendido a los vuelos de la túnica de excelencia con la que se viste el creador. Caso paradigmático el de un Diego Clemencín que dedica buena parte de su vida a Cervantes y al Quijote y del que hoy prácticamente nada nos importa salvo sus anotaciones al texto de Cervantes: todo lo que se recuerdo hoy de Clemencín es lo dedicado a explicar la obra de otro que no era él mismo.

En este libro un insigne crítico como es el Maestro (y escribese con mayúscula) de muchos, Leonardo Romero Tobar, cambia ese punto de vista, rompe con una larga y antigua costumbre y se detiene a contar, a contarnos, como fueron, quienes fueron, quienes son esas figuras, a explicarnos lo que hay detrás de esos nombres que tantas

veces hemos visto como firma al pie de un estudio imprescindible, que figuran en todas las bibliografías, que aparecieron en nuestros papeles desde nuestro primer año de estudiantes y que todavía nos acompañan. Nombres de cuyos hombres y mujeres apenas nada sabemos, ni nunca nos ha interesado, acaso, saber: Ángel Valbuena Prat, Gonzalo Torrente Ballester, Rafael Lapesa, Agustín Millares Carlo, Fernando González, Alonso Zamora Vicente, Francisco Yndurain, Ricardo Gullón, Antonio Rodríguez-Moñino, José Simón Díaz, Gonzalo Sobejano, Pilar Palomo, Jaime Moll, Gonzalo Corona. “Catorce de la fama” que desfilan ante el lector, retratados por otro Maestro.

Valbuena Prat, primer historiador “moderno” de la literatura española, “lector intuitivo y vital” (16), creador de denominaciones que se han consolidado en nuestra historiografía, es analizado en perspectiva histórica, particularmente en lo que se refiere a dos denominaciones tan paradigmáticas en nuestra historia literaria, como son el “modernismo” y “la generación del 98”. De Torrente Ballester “lector apasionado y crítico exigente que, además, saber sumar a su visión lectora las perspectivas más amplias que le deparaban los escritores coetáneos de otras literaturas” (33) se analiza la presencia de las generaciones literarias en su célebre *Panorama*. El emotivo texto dedicado a Rafael Lapesa está escrito a los pocos días de su muerte y el antiguo alumno que escribe esta necrológica no puede por menos de decir que “el recuerdo de su actividad en el aula ha sido durante años y años un modelo insustituible” (43) y que recuerda con dolor emocionado su “capacidad de vibración humana” (46). Sale después al encuentro del lector la voz de Agustín Millares Carlo en una conversación que Leonardo Romero mantuvo con él en 1975 y que aquí reproduce para beneficio de quien leemos estas páginas. Y diez años antes, en 1965, cuando el autor era un joven profesor de Instituto coincidió en Aranjuez con el poeta Fernando González, también profesor. De la influencia que González ejerció en el joven crítico son buena prueba las palabras con las que Romero cierra su evocación: “Fernando González [...] sobre todo, me enseñó a leer, más allá de los ritmos y las imágenes poéticas, la vivencia humana que trasciende de todo discurso lírico que merezca esta denominación”. Otro nombre imprescindible de nuestra historiografía, Alonso Zamora Vicente, es el siguiente personaje que Romero pone ante los ojos del lector, tanto en su faceta de crítico, como en su labor de creador en relación con “uno de los puntos más controvertidos [en filología] desde el historicismo del XIX” (61): la literatura popular. Aunque no podemos dejar en olvido que Romero recuerda como también Zamora evocó, incluso imaginó, la labor de sus maestros: Navarro Tomás, Onís, Castro, Menéndez Pidal, en lo que representa, en cierta manera, una genealogía intelectual de nuestra historia literaria. Más personal, más íntimo es el recuerdo de Francisco Yndurain, del que recuerda “una caballerosidad que pasaba por alto las descortesías o miserables rencores tan comunes en la profesión. La benévola ironía con la que solía referirse a las limitaciones propias y ajenas era un modelo de sabe estar y comunicar con el contertulio presente” (79). A continuación viene un análisis de la personalidad y la labor de Ricardo Gullón, esa “ínsula extraña” (84) en los años difíciles en los que ejercía su magisterio español, nos dice Romero. La generosidad intelectual de Gullón, el apoyo sin egoísmos que prestaba a amigos y a discípulos, la amplitud de sus conocimientos y la modernidad de su crítica es analizada en un completo recorrido por la trayectoria intelectual del fiscal que devino en crítico y que, hoy en día, es el más completo análisis de la obra de este fundamental crítico de nuestra historia literaria reciente. La evocación de Rodríguez-Moñino se lleva a cabo desde una profunda experiencia personal, por parte de una persona que ha conversado en muchas, en repetidas ocasiones con el personaje al que

pretende retratar. Romero, el mismo lo declara, presenta ante el lector “las inolvidables lecciones de don Antonio: su magisterio oral del que yo puede beneficiarme durante años” (99) y que evoca en la relación mantenida entre 1963 y 1969, fecha de la muerte de Rodríguez-Moñino y continuada después, hasta 1995, con la “dama inolvidable” que fue para Romero, María Brey, la esposa de Rodríguez-Moñino. Otro profesor de Romero aparece ahora en escena: José Simón Díaz, el maestro de la bibliografía. Romero recuerda sus tiempos de alumno de Simón, su participación en el proyecto colectivo que cristaliza luego en la obra *Veinticuatro diarios*, las enseñanzas de Simón en el campo de la Bibliografía de la literatura española y sus encuentros en la Biblioteca Nacional con el incansable bibliógrafo. Las palabras de presentación de un homenaje a Gonzalo Sobejano, homenaje a quien entonces y ahora sigue en activo, enlazan con otro texto dedicado a la única “maestra” presente en este recorrido: Pilar Palomo. Retrato de Palomo que se centra en su actividad como estudiosa de la creación literaria en la escritura periodística; “lectora inquisitiva que ya había indagado en las páginas de los autores del siglo de Oro, del XVIII y muchos contemporáneos no podía limitarse a la mera recuperación de materiales olvidados” (126). Al análisis de la “aportación intelectual de primer orden” que significa la obra de Palomo, dedica Romero su texto. Jaime Moll es recordado como el autor cuyos trabajos “marcan un antes y un después en los estudios bibliográficos españoles” (130) y entiende Romero que un artículo de Moll de 1979 “sirvió la sistematización conceptual y técnica que han fijado los caminos básicos de lo que fue la difusión de los textos impresos en el Siglo de Oro y [...] también los impresos de los siglos posteriores” (132). El último crítico presente en esta galería de retratos es distinto por edad de los anteriores. Fue Gonzalo Corona discípulo de Leonardo Romero, y fue Leonardo Romero el director de la tesis que el malogrado crítico realizó sobre José Hierro. La muerte temprana de Coronado no impidió que este discípulo de Romero se convirtiera en uno más de los maestros evocados. El autor y el lector no pueden por menos de asentir ante el bello epitafio que le dedicó Hierro y que Romero sabiamente reproduce para cerrar este capítulo: “Le dijo el Ángel: lo siento por los que te querían, pero te necesitábamos”.

Somos lo que vivimos, mas, para aquellos para quienes la lectura es una parte imprescindible de la vida, somos lo que leemos. Y aún más: somos lo que aprendemos. De maneras que al presentar Leonardo Romero a aquellos de quienes aprendió, elabora también para nosotros una suerte de autobiografía intelectual. De manera que es lógico, que antes de esas catorce figuras haya un capítulo dedicado “a los que me iniciaron en el trato con las obras literarias durante los años de adolescencia en los que tan determinantes son los fundamentos sobre los que se establece la urdimbre de la memoria lectora” (10). Personajes, estos primeros maestros, anónimos, sin voz y sin presencia, en la historia literaria de nuestra lengua, pero muy vivos y muy presentes en la historia intelectual del autor de este libro. Y el recuerdo a Lucio Izquierdo, a Carlos Huidobro, al profesor de nombre Luis Martín Santos que no era el autor de *Tiempo de Silencio*, se hace especialmente placentero para quienes, como quien firma estas líneas, hemos dedicado muchos años de nuestra vida a este trabajo con adolescentes esperando siempre que la semilla esparcida con tanto empeño fructifique en alguna ocasión. Tal como les ocurrió a estos primeros maestros de quien Romero nos transmite generosamente sus recuerdos y que, a buen seguro, se sintieron ampliamente recompensados con la obra de su discípulo.

Y si esta evocación de los años de formación abre esta biografía intelectual, el texto que lo cierra tiene el valor de plantear el sentido de la vida, la “misión” por más que

sea una palabra quizás anticuada, del profesor y del crítico: “Enseñar literatura en el siglo XXI, ¿para qué?”. Así se titula el último ensayo de este volumen, como necesaria autorreflexión de quien es ya los suficientemente veterano para analizar la propia trayectoria vital. Pregunta que nos afecta a todos los que dejamos nuestro tiempo, nuestros afanes, nuestras dudas y nuestro amor en esta tarea y a la que Leonardo Romero dedica enjundiosas páginas que no es posible aquí resumir por la riqueza de su contenido. Séame permitido, sin embargo, subrayar la “salvaguarda de la memoria personal del lector, ese último refugio de la literatura en el que se depositan sus creaciones para el concierto interior del lector y para el afianzamiento de los valores y la visión del mundo con las que se identifica” (164), así como la propuesta del final del ensayo: esa memoria, la libertad de la lectura y el diálogo creativo con lo leído se consiguen, se mantienen, permanecen “al calor de un hogar cuyo fuego ha de estar despabilado y que es un fuego cuya chispa inicial puede surgir en la escuela” (165).

Y esta razón los maestros que cuidaron de que esa chispa no muriera y la alimentaron durante todos los años de nuestra vida se convirtieron en amigos.

BORJA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ  
UNIVERSIDAD DE CANTABRIA

**Lisa Surwillo. *Monsters by Trade Slave Traffickers in Modern Spanish Literature and Culture*. Stanford. Stanford University Press. 2014. 264 pp.**

El libro que aquí reseñamos constituye la última aproximación de la investigadora estadounidense a la literatura española de finales del siglo XIX y principios del XX. Lo que pone en marcha el trabajo, las novelas marítimas de Baroja y las reflexiones e Blanco White no es, sin embargo, lo único que analiza. Esta monografía supone una profunda reflexión sobre la cultura española y el comercio de finales del XIX con un punto de interés muy determinado: el tráfico de esclavos o los *negreros*.

En el capítulo introductorio Surwillo establece las coordenadas teóricas e históricas que enmarcan su acercamiento a la trata de esclavos llevada a cabo por España en la isla de Cuba, proporcionando un resumen histórico de la legalidad de la trata de esclavos, del papel de los negreros y de las actitudes con respecto a ambos en España, tanto liberales como conservadoras. Basándose en el discurso postcolonial canónico y transatlántico de Edward Said, Franz Fanon y Aimé Césaire lleva a cabo una aproximación novedosa con el análisis del papel colonial en Cuba a través del estudio de obras literarias, artísticas y productos culturales de ocio españoles. En esta parte se detiene especialmente en el abolicionismo de Blanco White, cuyos *monstruos* son ejemplos de corrupción moral y económica apoyados por un estado cuya crueldad les ha deshumanizado.

En el primer capítulo emprende el estudio de la trilogía de novelas de Wenceslao Aygals de Izco María, *la hija de un jornalero*, *La marquesa de Bellaflor* y *El palacio de los crímenes*, en las que analiza cómo el Negro Tomás es usado para pedir la abolición de la esclavitud, destacar el carácter civilizador de España y explicar que el gobierno doméstico-nacional es inseparable del imperial. También tiene en cuenta las repercusiones de la publicación de la novela de Harriet Beecher Stowe *La cabaña del tío Tom*, especialmente de las adaptaciones teatrales de Ramón de Valladares Saavedra, Ángel María de Luna y Rafael Leopoldo de Palomino, analizando tanto los argumentos pro-esclavitud como el papel de España en la trata de esclavos y la caracterización del negrero como villano que pone en peligro el papel español en Cuba.